

Copiapó mayo 1969

SEÑORES:

La Reforma ha iniciado en la Universidad Técnica del Estado un proceso irreversible. La realidad cambia constantemente y nuestra universidad no puede ir a la zaga de los acontecimientos. Por el contrario, debe adelantarse al porvenir, cumplir su misión precursora.

Está en el espíritu de la Reforma dotar a las Sedes de la autonomía que les corresponde, hacer real la descentralización. No creemos que el cuerpo de nuestra vasta comunidad deba ser regido desde un solo lugar. Por el contrario, comprendemos que cada región debe enfrentarse con determinación a sus problemas, que puede conocer y resolver en la forma más adecuada.

Copiapó posee una hermosa historia. Diego de Almagro llegó hasta aquí en 1535 y cinco años más tarde Pedro de Valdivia se hacía presente. Los habitantes del lugar llamaban a esta región Copayapu, y Valdivia le dio el nombre de Valle de la Posesión. En 1744 el gobernador José Antonio Manso de Velasco había de dar a este sitio el nombre de San Francisco de la Selva de Copiapó. El terremoto de noviembre de 1822 destruyó la ciudad; pero diez años más tarde el descubrimiento de Chañarcillo enriqueció al país, enhebrando la aguja de plata de la prosperidad.

Cuando pensamos en Copiapó no sólo vemos a Juan Godoy atónito ante el descubrimiento de los rosiclères de plata, ni pensamos sólo en la locomotora pionera en el transporte continental que descansa en nuestra Sede, sino que asoma la sonrisa irónica de José Joaquín Vallejo, quien derrochara en los artículos de su periódico "El Copiapino" la argentada veta de su ingenio.

Pero los minerales no se ofrecen al hombre con la inocencia de las plantas; es necesario ir tras ellos, combatir, abrir la tierra, cavar, llegar hasta los filones ocultos. Por eso, la minería siempre está asociada al esfuerzo y la figura del hombre que busca el metal no es una silueta pasiva, sino decidida e incisiva.

Muchas veces surge la pregunta sobre el auténtico Chile. Economistas, historiadores, gente de letras, educadores se preguntan en qué consiste nuestra verdadera esencia. Resulta difícil definir lo chileno; hay tipos diversos, ambientes distintos, toda una enloquecida geografía que va desde la arena hasta el hielo del mar a la montaña; pero creemos que el auténtico país surge en el sitio en que sus hijos se proponen construir una realidad, levantar una nueva estructura, desechar todos los fantasmas del pasado.

En este momento nos corresponde inaugurar los cursos de pedagogía que nuestra corporación ha creado en esta ciudad. Hace mucho tiempo que esta aspiración se había hecho sentir y la petición en tal sentido se elevó a las autoridades correspondientes; pero un sentido de prudencia, de formulismo académico regía los actos de nuestra universidad. En la sesión N° 401 del 19 de noviembre de 1965, el Honorable Consejo Universitario aprobó la creación de estos cursos. Han transcurrido casi cuatro años. La importancia de tal iniciativa no podía ser desconocida en ningún momento y, sin embargo, la idea quedó en el terreno en que muchas iniciativas reposan: el campo de la buena intención.

Pero, de acuerdo a la frase de Heráclito, lo nuevo lucha contra lo antiguo, la claridad contra las tinieblas, y, en tal sentido, el concepto de una nueva universidad, el dinamismo de una nueva concepción, lograron hacer real esta aspiración.

Para plasmar esa iniciativa se recurrió a los niveles más diversos. Las solicitudes llegaron al Congreso Nacional y hasta la Presidencia de la República. Nada podía lograrse. Había un estagnamiento por falta de recursos. Si hubiéramos aguardado que el resultado apareciera de una vez libre de toda traba, si hubiéramos continuado pasivamente esperando, nada habríamos obtenido; pero la universidad reformada es un organismo vivo, que sirve a los intereses de la colectividad. Su espíritu democrático, su sentido realista, su íntima unión a los intereses de la comunidad, no pudieron menos que hacerle avanzar en la única dirección posible: la de servir a quienes confiaban en ella.

El espíritu que anima a nuestra corporación la hizo comprender la urgencia del clamor de la provincia y recurrió al único método capaz de promover cambios auténticos: la acción común, el esfuerzo de la generalidad.

Copiapó ha sido tradicionalmente la tierra del esfuerzo y la aventura, no la aventura irresponsable de quienes buscan una fácil diversión, sino la aventura de lanzarse a las grandes empresas, de lograr que la tierra ofrezca los frutos mejores, los productos de la minería, de la agricultura, de la industria, del trabajo humano.

Noble tarea es la enseñanza y aquellos que no sólo enseñan, sino que desean perfeccionar sus conocimientos, revelan una doble jerarquía. Si hemos de transmitir cierto saber, nada podría ser más esencial que perfeccionar aquellas enseñanzas que deseamos entregar. Pero los implacables requerimientos de una sociedad nos obligan a volcarnos sobre la búsqueda inmediata del sustento material, sin permitirnos mirar hacia otros horizontes. Afortunadamente el ser humano combate para no doblegarse. Por eso es tanto más estimable la perseverancia de quienes, afrontando los más diversos sacrificios, llegan a enriquecer su propio acervo con el propósito inestimable de transmitir esa riqueza a los demás.

En la creación de estos cursos deseamos en primer lugar destacar la acción de la Ilustre Municipalidad de Copiapó, que ha destinado la suma de cincuenta mil escudos este año para financiarlos. También sabemos del aporte y la generosidad del cuerpo docente y los alumnos. Por eso la Universidad Técnica del Estado no puede menos que agradecer a la Sede y al Sr. Director don Carlos Arriagada, al cuerpo docente y a los regidores, a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, al presidente seccional de la Federación de Educadores de Chile en Copiapó, a la Central Unica de Trabajadores y a todas las organizaciones populares. Especial mención merece la figura del señor John Horsley Brito, quien desempeña funciones docentes y comparte responsabilidades edilicias. A su tesón e inteligencia debe mucho la creación de estos cursos. También debemos agradecer a los estudiantes que han demostrado la justeza de un camino común, de una acción de masas.

La Universidad Técnica no puede quedar en un papel pasivo. Mientras más avanza en su desarrollo, mayores son los terrenos que trata de cubrir para llevar a cabo su acción. Es así como iniciada esta etapa, aparecen más amplias perspectivas: el funcionamiento de escuelas de temprada, carreras cortas, una acción social sobre la comunidad basada en la extensión y la difusión. El convenio que la Universidad Técnica ha celebrado con la Central Unica de Trabajadores es un testimonio elocuente de que nuestra corporación no desea verse sujeta a los viejos moldes, de que evoluciona intentando dejar cada vez más profunda su huella sobre la colectividad. Vivimos nuevas épocas, el hombre rechaza la ignorancia, aparta el terror, destruye los viejos mitos.

//////.

En esa larga cadena humana, que comenzó cuando el primer hombre empuñó un instrumento, articuló una palabra, trazó un dibujo, en esa larga herencia que se transmite a través de la enseñanza y el aprendizaje, ninguna tarea podría ser más profunda y noble que compartir el saber.

Nuestra corporación ha estado presente largos años en la zona a través de la centenaria Escuela de Minas, hoy Sede Universitaria, y es un motivo de orgullo recordar la importancia continental que posee su colección mineralógica; pero este actuar sobre la naturaleza, este buscar los tesoros subterráneos es sólo una parte de la misión universitaria. También en la transmisión del conocimiento se ~~cumple~~ cumple una alta tarea, la única que permite al ser humano seguir ascendiendo, no sólo hacia el cielo, sino en su propio interior, en su propio yo.

Vivimos una época difícil. Las antiguas estructuras se niegan a morir y adoptan los más variados disfraces, desde la violencia, que pretende atemorizarnos, hasta el desaliento, que trata de hacernos abandonar la lucha. Contra todos estos obstáculos se alza la poderosa voz de la realidad, y de la solidaridad humana.

Sabemos que nuestro futuro no obedece a fatalismos históricos, que no hay una especie de destino al cual debemos someternos, sino que todas las energías deben ser puestas al servicio del mañana.

En la fórmula de Einstein vemos la equivalencia de materia y energía. En el quehacer diario nuestra energía producirá la materia del porvenir, porque de nosotros y sólo de nosotros han de surgir los días del futuro.

Durante mucho tiempo la universidad apareció como un castillo al cual sólo algunos llegaban, como una institución clasista. Esa artificial separación impedía a la universidad cumplir con su auténtica misión humanística y privaba a la comunidad de uno de sus instrumentos más eficaces.

Hoy comprendemos que el individuo sólo puede realizarse cuando la colectividad logra su plenitud. Sabemos que toda enseñanza no puede ir destinada a sectores privilegiados, sino que debe cumplir la más amplia misión. Y así como nuestra corporación ha comprendido esta fuerza de la acción común, también la colectividad ha encontrado en nuestra universidad una vía de realización que se ofrece libre de dogmatismos, de sectarismos, de intereses mezquinos.

Hemos agradecido y volvemos a agradecer el esfuerzo de cuantos han hecho posible la realización de esta noble empresa que representan los cursos inaugurados hoy. Durante años la iniciativa pareció destinada a no cobrar realidad; pero en el espíritu que anima a todos y a cada uno, en este sentimiento de responsabilidad colectiva, en este entusiasmo contagioso, en este fervor altruista, nuestra casa de estudios ve el más radiante filón del mañana.

Copiapó tiene tras sí un pasado glorioso; pero los pasados sólo son gloriosos en cuanto nos impulsan hacia el porvenir, no en cuanto nos hacen volver la vista hacia atrás para convertirnos en estatuas de sal. Por eso las sombras de Juan Godoy o de José Joaquín Vallejo viven para nosotros impulsándonos a la acción.

La Universidad Técnica del Estado demuestra que puede responder a los requerimientos de la sociedad cuando esta misma sociedad ayuda a impulsar las más nobles iniciativas. Al inaugurar estos cursos, la universidad pone una herramienta más al servicio de la comunidad y sabe que de este esfuerzo, de esta bandera levantada sobre el corazón del norte, surgen los más profundos días venideros.

% % % % % % % %

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

Una visión de la Universidad no puede limitarse al presente, sino debe proyectarse hacia el futuro y buscar antecedentes en el pretérito. Hace miles de años, Heráclito afirmó que la única realidad es el constante cambio. Si intentamos fijar un perfil de la Universidad, resulta indudable que los acontecimientos superarán ese esquema antes que hayamos terminado de trazarlo. La llamada crisis universitaria nace de que esta institución no ha logrado avanzar con la rapidez que el ritmo actual exige, y de tal modo, las universidades, en lugar de precursoras, han llegado a convertirse en retardatarias.

La evolución y el crecimiento son característicos de los seres vivos, y las instituciones universitarias serán vivientes en la medida en que vayan transformándose con decisión, energía y audacia. Precisamente el origen de estos establecimientos aparece como consecuencia de los conflictos europeos entre el Papado y el Imperio. Aprovechando las contradicciones de esas fuerzas, los comerciantes y los obreros de las agrupaciones comunales lograron mayores derechos y entre éstos exigieron que se impartiera una educación superior.

Puede considerarse a la Universidad como fruto del espíritu europeo. Existiendo en Oriente un intenso desarrollo de las formas de la cultura, este tipo de institución no aparece con las características que le singularizan. Ya que es una manifestación social, La Universidad no puede menos de modificarse, reflejando y proyectándose en el ambiente. La educación no fue, pese a las ideas de Platón y Aristóteles, una preocupación de los gobiernos, y el carácter de actividad particular que ella tuvo la hizo depender más tarde de la Iglesia o de las corporaciones municipales. En la Edad Media